



FERNANDO DE SZYSZLO



Szyszlo en el Laberinto

por Mario Vargas Llosa

De tanto en tanto, una pregunta surge, angustiosa: ¿existe América Latina? ¿Somos distintos de los otros? Y si es así, ¿cómo se define esa identidad latinoamericana en la cultura? A nadie se lo ocurriría interrogarse sobre si existe lo francés, lo italiano, lo español. Esas culturas nos parecen tan evidentes como soberanas, unas realidades incuestionables que cada cuadro, novela, sistema de ideas salidos de ellas consolida. La nuestra, lo nuestro, en cambio, nos resulta mucho menos irrefutable. Como si América Latina pudiera disolverse de pronto o no acabara nunca de cuajar ante una totalidad coherente con esa multitud de tradiciones, mentalidades y lenguajes que la constituyen: lo prehispánico, lo europeo, lo africano, los diversos mestizajes.

Según las épocas y las modas dominantes, los artistas latinoamericanos se han considerado blancos, indios o mestizos. Y cada una de esas definiciones –el hispanismo, el indigenismo, el criollismo– ha significado una mutilación, pues ha excluido de nuestra personalidad cultural algunas corrientes que tenían tanto derecho a representarnos como la elegida.

Pero a pesar de los innumerables tratados, artículos, debates, simposios sobre un tema que nunca agota –nuestra identidad– lo cierto es que cada vez que tenemos la suerte de hallarnos ante una genuina obra de creación surgida en nuestro entorno, la duda se evapora en el acto; lo latinoamericano existe y está allí, es eso que vemos y gozamos, que nos turba y exalta y que, por otra parte, nos identifica. Eso que nos pasa con los cuentos de Borges, los poemas de Vallejo o de Octavio Paz, los cuadros de Tamayo o de Matta, nos ocurre también con la pintura de Szyszlo; eso es América Latina en su más alta expresión; en ella está lo mejor que somos y tenemos.

Rastrear en esos cuadros turbadores las huellas de nuestra identidad tiene algo de vertiginoso, pues ellos delinean una vasta geografía, un laberinto tan complicado, tan diverso, que aún el más diestro explorador puede extraviarse. Hijo de un científico

polaco y de una peruana del litoral, Szyszlo está también escindido en relación con sus fuentes artísticas: el arte precolombino, las vanguardias europeas, ciertos pintores norteamericanos y latinoamericanos. Pero quizás el paisaje que lo ha rodeado la mayor parte de su vida –el cielo gris de Lima, su ciudad, los desiertos llenos de historia y muerte de la costa y ese mar que comparece con tanta fuerza en su pintura de los últimos años– haya sido una influencia tan determinante para configurar su mundo como el viejo legado de los anónimos artesanos precolombinos cuyas máscaras, mantos de plumas, figurillas de greda, símbolos y colores aparecen con frecuencia quintaesenciados en sus telas. O como las refinadas audacias, negaciones y experimentos del arte occidental moderno –el cubismo, la no-figuración, el surrealismo–, sin las cuales la pintura de Szyszlo no sería tampoco lo que es.

Las raíces de un artista son siempre profundas e inextricables, como las de los grandes árboles. Es útil estudiarlas, averiguarlas, pues ellas nos acercan a ese misterioso centro del que nace la belleza y a esa indefinible fuerza que ciertos objetos creados por el hombre son capaces de desatar y que nos desarma y subyuga. Pero el conocerlas sirve también para saber sus límites, pues las fuentes de que se nutre no explican nunca la totalidad de una obra de arte. Por el contrario, suelen mostrar cómo un artista va siempre más allá de todo aquello que formó su sensibilidad y perfeccionó su técnica.

Lo personal –oscura materia hecha de sueños y deseos, de palpitos, reminiscencias e inconscientes impulsos– es seguramente en Szyszlo tan importante como las corrientes pictóricas en las que su obra puede filiarse, o como aquello que conscientemente ha admirado y emulado. Y es probable que en ese reducto secreto de su personalidad esté aquella inaccesible clave del misterio que, junto con la elegancia y la destreza, es el gran protagonista de sus cuadros.

Algo ocurre en ellos, siempre. Algo que es más que la forma y el color. Un espectáculo difícil de describir aunque no de sentir. Una ceremonia que parece a veces de inmolación o sacrificio y que se celebra sobre un ara primitiva. Un rito bárbaro y violento en el que alguien se desangra, desintegra, entrega y también, acaso, goza. Algo, en todo caso, que no es inteligible, que hay que llegar a aprehender por la vía tortuosa de la obsesión, la pesadilla, la visión. Muchas veces, mi memoria ha actualizado de pronto ese extraño tótem, despojo visceral o monumento recubierto de inquietantes ofrendas –ligaduras,

espolones, soles, rayas, incisiones, astas— que es desde hace mucho tiempo un personaje recurrente de los lienzos de Szyszlo. Y me he hecho incontables veces la misma pregunta: ¿de dónde sale?, ¿quién, qué es?

Sé que no hay respuestas para esas preguntas. Pero que sea capaz de suscitarlas y mantenerlas vivas en el recuerdo de aquellos que entran en contacto con su mundo, es la mejor credencial de autenticidad del arte de Fernando de Szyszlo. Un arte que, como América Latina, se hunde en la noche de las civilizaciones extinguidas y se codea con las novísimas, aparecidas en cualquiera de los rincones del globo. Que se yergue en la encrucijada de todos los caminos, ávido, curioso, sediento, libre de prejuicios, abierto a cualquier influencia. Pero enconadamente leal con su secreto corazón, esa soterrada y caliente intimidad donde se metabolizan las experiencias y las enseñanzas y donde la razón se pone al servicio de la sinrazón para que broten la personalidad y el genio de un artista.

Fragmentos de algunos comentarios sobre la pintura de Szyszlo

No quiero decir que la pintura de Szyszlo sea una pura construcción intelectual, sino que es una lucha entre rigor y espontaneidad. No es solo un pintor inteligente: es una sensibilidad reflexiva, lúcida. Sus formas, tensas y veloces, sus colores reconcentrados tienen destellos de salvaje entusiasmo. Vuelo fijo, explosión y reserva. Muchos pintores –estimulados por el ejemplo de Picasso– cambian con frecuencia de manera; Szyszlo no cambia: madura. Avanza hacia adentro de sí mismo.

Octavio Paz
En su libro "Corriente Alterna", México 1967

Esta muestra de Szyszlo me pone, una vez más, ante el emocionante espectáculo de un artista que ahonda su expresión, a quien veo hacer más intenso el campo magnético de sus formas, transferir cada vez más sus colores a su propio latido, profundizar sus mitos. Participo profundamente de ese mundo inmemorial, habito esas ciudades enterradas en la arena del sol en el fondo de la noche y de las cuales solo asoma la punta de una almena, la sombra, el resplandor de unos dioses cuyos rostros de fuego arden en una memoria ancestral, en un cielo totémico.

Enrique Molina
Poeta Argentino

...me refiero a Fernando de Szyszlo, un pintor de verdadera estatura, quien, con un pequeño grupo de igualmente dotados artistas –en otras repúblicas de América Latina– proveen el nivel de ese continente.

Szyszlo es uno de los pocos pintores en cuya obra el hecho de ser latinoamericano es un atributo de la forma. Más que una referencia pictórica, él es inevitablemente peruano como Braque es inevitablemente francés, aunque comparte los problemas universales y está alerta a las preocupaciones que todos los artistas de hoy tienen en común.

Thomas Messer
Director del Museo Guggenheim
Del libro "The Emergent Decade", Cornell University Press, New York, 1966

Szyszlo habla de la América sin ánimo alguno de imponerla a los demás a modo de receta, de manera clara para demostrar de nuevo que el error no reside en ser americano, sino en cómo serlo.

Esto nos lleva al antiformalismo de su pintura abstracta, que no sólo se preocupa de los contenidos, sino que es, ella misma, contenido. El contenido se exalta, y esa pura exaltación halla la forma.

Hay en la obra de Szyszlo una "actitud" en el entendimiento de la pintura, que es profundamente americana, la actitud de representar la emoción, no de intelectualizarla como los europeos tratando de darle un más riguroso contexto racional. De la actitud latinoamericana, nace un aliento poderoso, y bárbaro, una secreta épica de la obra, -la épica de Obregón, de Lam, de ciertos cuadros de Matta, de Cuevas, de Martínez- épica que tiene sinónimos, anarquía, desmesura, caos, barroquismo sus analogías emotivas: dolor, angustia, confusión, anhelo. De esta materia anhelosa están hechos los cuadros de Szyszlo.

Marta Traba
Szyszlo, Fernando de
Una América que se llama SZYSZLO

Szyszlo, pintor ilustrado, enigmático y a la vez reflexivo, lúcido, se acerca mejor que nadie, en su obra, a la síntesis de Europa y América.

Este artista absorbió la experiencia de la vanguardia europea y la transformó en otra vanguardia, ajena a las escuelas y esquemas. Lo ha hecho con elegancia, con pasión y con una especie de equilibrio o de claridad esencial. Por eso es uno de los grandes de la pintura actual de América Latina.

Jorge Edwards
Escritor Chileno
Premio Nacional de Literatura

Estatua Viva

Estatua Viva. Es una edición del Taller Arte Dos Gráfico de Bogotá, Colombia. La edición, de 90 ejemplares numerados en arábigo y 6 ejemplares numerados en romano, contiene un poema de Mario Vargas Llosa especial para esta edición y 3 litografías originales del maestro Fernando de Szyszlo, dibujadas directamente por él sobre piedras litográficas. Los papeles utilizados son Velin BFK Rives de Arjo Wiggins y papeles hechos a mano en los molinos de Arte Dos Gráfico. La tipografía es Centauro de M&H Type Foundry de San Francisco, California, y el formato del libro, de 42 x 42 cm. Se terminó de imprimir en los talleres de litografía, tipografía y encuadernación de Arte Dos Gráfico un feliz día de Agosto de 2004 bajo el cuidado de Luis Ángel Parra y María Eugenia Niño.

2003, ***Ceremonia***
Acrílico sobre tela
200 x 160 cm



2004, ***de la serie Ceremonia***
Acrílico sobre tela
120 x 120 cm



2001, ***Pasajero Transhumante***

Acrílico sobre tela

100 x 100 cm



527,240

Edición Numerada 46 / 60